

Peces de colores

Malú Montenegro

Por ver volar los peces de colores, hicimos agujeros en el agua, preocupados en los alrededores, siempre en la dimensión equivocada.

Joaquín Sabina

Amaia es una chica que tiene sueños recurrentes con un hombre, pero lo único que puede recordar son las palabras "peces de colores".

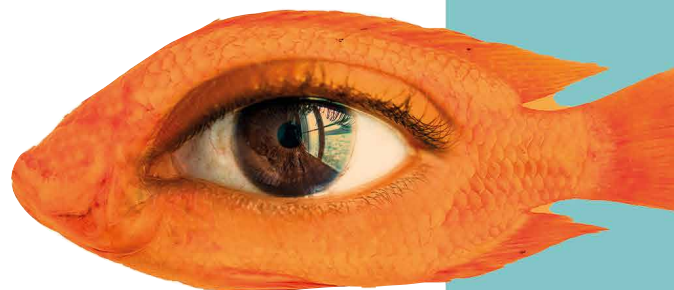
A las 03:00 AM siempre es nuestro encuentro.

Estoy frente a una tienda de mascotas. La única luz encendida es la de una pecera en las calles más concurridas del centro de Guayaquil. El silencio envuelve la ciudad, que solo en sueños podría sentirse tan diferente.

Una figura alta se acerca y me mira. Yo creía que me miraba por primera vez. Pero luego, cuando dio la vuelta detrás de mí, mirando fijamente la misma pecera, yo lo seguí con la mirada. Siempre se iba a mis espaldas. ¿Cómo sabía yo que siempre hacía eso? No tengo idea. Pero todo lo que está ocurriendo se siente familiar.

Siento su mirada resbalando sobre mi piel, y en ese momento comprendí que era yo quien lo miraba por primera vez. Siempre en el mismo sueño, a la misma hora. Siempre mirando la misma pecera.

Enciendo un cigarrillo y trago el humo con fuerza antes de girar mi cuerpo hacia él. Ahora estamos los dos,





agachados frente a la pecera. Durante breves minutos, solo nos miramos. Yo, con nostalgia, porque sé que hemos estado viéndonos así durante años: en el mismo lugar, en la misma calle, en el mismo sueño.

La vida es triste, la vida real es cansada, pero aquí, acucillados los dos, yo con un cigarrillo y él con una sonrisa, tenemos todo un sueño para dejar ir nuestra imaginación. Nuestra felicidad dura lo que dura un cigarrillo encendido.

Fue entonces cuando recordé lo de siempre. Le dije: "Peces de colores". Él respondió, sin apartar la mirada de su pez naranja favorito: "Eso. Ya no lo olvidaremos nunca".

Suspiró, como si esas palabras fueran un eco distante: "Peces de colores". Lo había escrito en todas partes, pero cuando despertaba, nunca lograba recordar... te.

Temo que alguien sueñe también en esta misma calle y revuelva mis pensamientos. Sonreí irónicamente ante lo que decía. A veces, era muy egocéntrico, pero su ironía extraña me hacía feliz. "¿No sientes el frío?", me preguntó. "A veces", respondí. "Debes sentirlo ahora", dijo. Y entonces entendí por qué nunca pude estar sola en este sueño. Era el frío lo que me daba la certeza de nuestra soledad, un frío que sólo podía existir en un sueño.

"Me habría gustado oírte", dijo. Yo también, respondí. "Si alguna vez nos encontramos, pon el oído en mi pecho, cuando me duerma sobre el lado izquierdo. Oirás mis sentimientos resonar. Siempre he deseado que lo hagas".

Escuché su respiración profunda mientras hablábamos. Y me confesó que durante años no había hecho nada distinto que eso: buscarme en la realidad. En las calles calurosas, donde sentía que yo podría estar, iba repitiendo en voz alta la frase, como si fuera una forma de decirle a la única persona que podría entenderla. "Yo soy la que llega a tus sueños todas las noches y te dice: Peces de colores".

Haciendo equilibrio sobre sus piernas para no caerse, me miró fijamente con una sonrisa. "Trato de acordarme todos los días de las palabras con las que debo encontrarte", dijo con seguridad. "creo que mañana no lo olvidaré". "Sin embargo, siempre olvido al despertar las palabras con las que puedo encontrarte".

Enojada por la despreocupación del asunto, bostecé y lo miré fijamente. "Tú mismo las inventaste desde el primer día", le dije. "Las inventé porque en tus ojos veo el reflejo de

los peces de colores, esperando que nos encontremos esta vez en la dimensión correcta.", dijo mirando fijamente al que al parecer era su pez favorito.

Sentí mi cara muy caliente. Giré rápidamente para ver mi reflejo en la pecera. El silencio reinó en nuestro rincón.

Respiró hondo y dijo: "Si por lo menos pudiera recordar ahora en qué ciudad lo he estado escribiendo..."

"Me gustaría tocarte ahora", dije. Él levantó el rostro que había estado mirando. Sus ojos ardían, como si quemaran tanto como sus manos temblorosas. Sentí que me veía, aquí, en este rincón abandonado de la ciudad. Mientras equilibraba mi cuerpo sobre mis piernas, me sentí casi como una figura suspendida, entre el sueño y la realidad. -"Nunca me habías dicho eso", dijo. -"Ahora lo digo, y es verdad", respondí. Había olvidado que estaba fumando, mientras el calor del humo me rozaba los dedos.

- "No sé por qué no puedo recordar dónde lo he escrito", dijo. - "Porque eso también lo he soñado alguna vez", respondí, triste. "En alguna ciudad del mundo, en todas las paredes, esas palabras deben estar escritas: Peces de colores."

"Si mañana las recordara, iría a buscarte."

Acercó su rostro suavemente al mío. Probablemente ninguno de los dos recordaría este encuentro, pero ambos sabíamos que nuestros labios se habían encontrado antes, en algún lugar, muchas veces. Era un agujero en el paraíso. La vida real era dura, pero en nuestros encuentros, en sus labios, en los míos, encontrábamos la manera de respirar, aún en esta dimensión desconocida.

Nos veíamos desde hacía años. A veces, cuando ya estábamos juntos, una pequeña gota de agua caía con la brisa y despertábamos. Poco a poco, habíamos comprendido que nuestro romance estaba sujeto a las cosas más simples: al agua, a los peces de colores, a los pequeños gestos. Nuestros encuentros siempre terminaban así: con el caer de una gota de agua, en la madrugada.